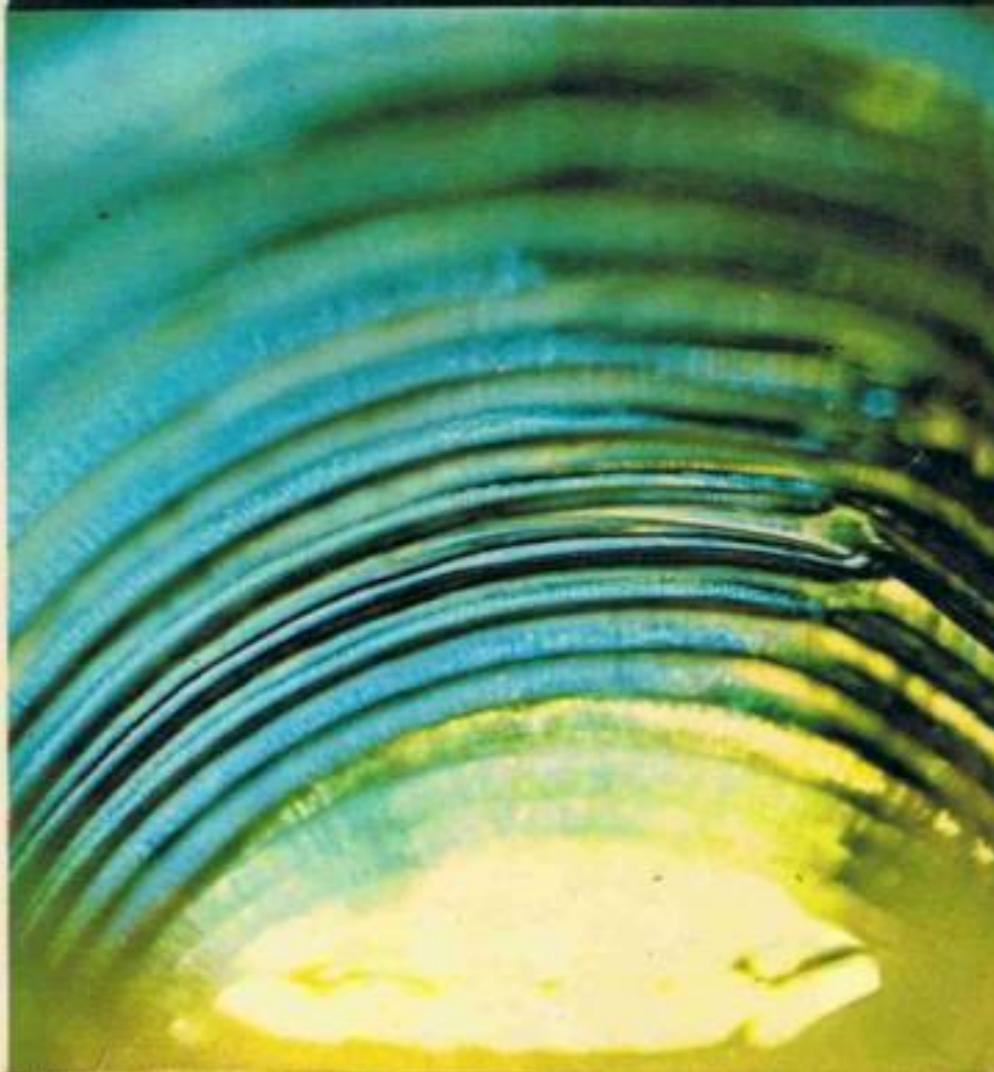


# ASIMOV

SELECCION **1**



Los relatos de Isaac Asimov están en la cumbre de la ciencia ficción, y estas selecciones de sus primeras y más famosas narraciones viene casi a ser el homenaje a un clásico.

Preceden a cada historia unas palabras del propio autor, en las que éste expone interesantes detalles biográficos, la génesis de los relatos y observaciones críticas acerca de ellos. Así, el resultado es un doble regalo para el lector: de una parte, una serie de narraciones sumamente entretenidas en si mismas, y de otro, una visión de primera mano sobre el proceso de maduración del joven escritor hasta convertirse en un verdadero maestro.

## Contenido

*Asimov y la «edad de oro» de la ciencia ficción*, presentación de Carlo Frabetti

Introducción de Isaac Asimov

*La amenaza de Calisto (The Callistan Menace, 1940)*

*Un anillo alrededor del sol (Ring Around the Sun, 1940)*

*La magnífica posesión (The Magnificent Possession, 1940)*

*Opinión pública (Trends, 1939)*

*Un arma demasiado terrible para emplear (The Weapon Too Dreadful to Use, 1939)*

*Fraile negro de la llama (Black Friar of the Flame, 1942)*

*Mestizo (Half-Breed, 1940)*

*El sentido secreto (The Secret Sense, 1941)*

## Asimov y la «edad de oro» de la ciencia ficción

Profesor de bioquímica en la Universidad de Boston, divulgador científico de renombre, escritor prolífico y polifacético, Isaac Asimov (nacido en 1920) es, con más de cien libros en su haber, uno de los nombres clave de la ciencia ficción (SF) actual. Recientemente obtuvo los premios «Hugo» y «Nebula» —máximos galardones del género— por *Los propios dioses* (publicada en esta misma colección) como la mejor novela de SF del año.

El hecho de que su carrera literaria se iniciara a finales de los años 30, justo en la época en la que la SF empezaba a consolidarse y se disponía a entrar en lo que se ha llamado su «edad de oro», confiere un doble interés a una selección de los primeros relatos de Asimov, en la medida que ilustran la propia evolución del género, y que se presentarán en tres volúmenes.

En los comentarios «históricos» que acompañan a estos relatos, el lector encontrará repetidas alusiones a una persona, a quien, por otra parte, está dedicada la antología: John W. Campbell. Para cualquier aficionado estadounidense, el nombre habla por sí solo, pero no es necesariamente así para el hispano, por lo que tal vez convenga dedicarle unas líneas.

Como director de *Astounding*, la más importante revista de SF de la época (posteriormente llamada *Analog*), y de *Unknown*, revista paralela de literatura fantástica, Campbell ejerció una notable influencia sobre el desarrollo de la SF

en la década de los 40. Campbell tenía unos criterios muy estrictos con respecto a la SF, sobre todo en lo concerniente a la plausibilidad científica de los relatos y al rigor especulativo de los desarrollos, y en función de ello rechazaba o hacía corregir gran cantidad de material. Esta actitud, referida a cierto tipo de SF, puede ser positiva en la medida que ponga coto a una incoherencia y una arbitrariedad por desgracia demasiado frecuentes; pero salta a la vista el peligro de encorsetamiento que implica, peligro que en este caso se convirtió en lamentable realidad, debido sobre todo a que, si a nivel tecnológico Campbell tenía una mentalidad avanzada, a nivel sociológico, ético o político era más que conservador. Sin embargo, para una serie de principiantes como Asimov —sólido y brillante especulador, a la vez que poco dado a meterse en cuestiones ideológicas—, Campbell constituyó un poderoso apoyo, aunque a nivel general fue una auténtica rémora para el desarrollo de la SF más lúcida y combativa.

El lector que ya tenga un cierto conocimiento de la obra de Asimov quedará sorprendido por la abundancia de extraterrestres que aparecen en este muestrario de su primera producción, en contraste con la casi total ausencia de los mismos en su obra adulta. Como el propio Asimov ha admitido, su elusión del tema de los alienígenas se debe en gran medida a la influencia de Campbell, que tenía unas ideas muy concretas (y más bien xenófobas) al respecto. Para evitar un roce con quien era a la vez su ídolo y su editor, Asimov acabó prescindiendo, más o menos deliberadamente, del asunto xenoides, lo cual, en vistas a cómo solía abordarlo en sus primeros relatos, es una verdadera lástima.

En *Fraile negro de la Llama*, se esboza la cosmología que serviría de base al más famoso ciclo de relatos de Asimov: el de Trántor, o sea la trilogía de las Fundaciones (de inminente publicación en esta misma colección); sin embargo, en *Fraile...* juega un papel fundamental una raza no hu-

mana, mientras que en el ciclo de Trántor se nos presenta una galaxia poblada por trillones de seres..., pero todos humanos descendientes de los terrestres.

A través de estos ocho relatos, el lector se remontará a la época en que la SF era sobre todo un género a la búsqueda y exposición de ideas brillantes. En esta época se establecieron la mayoría de las convenciones y símbolos que constituirían el lenguaje específico de la SF, lenguaje que serviría de base a autores posteriores para un tipo de especulaciones de más honda preocupación sociológica. (Para no poner más que un ejemplo, los relatos que describían minuciosamente las características y posibilidades de los robots han servido de base para otros relatos en que ya se dan por sabidas las peculiaridades técnicas y funcionales de los autómatas, y se preocupan más por sus eventuales repercusiones sociales: de objeto de descripción, el robot ha pasado así a convertirse en símbolo operable.)

Y uno de los autores que más han contribuido a crear este «vocabulario básico» específico de la SF, con su correspondiente bagaje conceptual y especulativo, es sin duda el propio Asimov, lo cual, como he señalado al principio, hace doblemente interesante el acompañarle en sus primeros pasos en un campo del que pronto se convertiría en maestro.

CARLO FRABETTI

*En memoria de John Wood Campbell, Jr. (1910-1971), por razones que este libro revelará ampliamente.*

*Aunque he escrito más de ciento veinte libros, sobre casi todos los temas, desde astronomía a Shakespeare y desde matemáticas a sátira, se me conoce sobre todo como autor de ciencia ficción.*

*Comencé escribiendo relatos de ciencia ficción, y durante los primeros once años de mi carrera literaria y sólo para publicaciones periódicas... y por una retribución insignificante. En realidad, la idea de publicar libros completos nunca pasó por mi mente esencialmente modesta.*

*Pero llegó el tiempo en que empecé a escribir libros, y entonces me dispuse a reunir todo el material que antes había publicado en revistas. Entre 1950 y 1969 aparecieron diez colecciones (todas fueron publicadas por Doubleday). Contenían ochenta y cinco relatos (más cuatro obras cómicas en verso) originalmente destinados a revistas de ciencia ficción y ya publicados. Casi una cuarta parte de ellos provenía de esos primeros once años.*

*Estos libros son:*

*Yo, robot (1950).*

*Fundación (1951).*

*Fundación e imperio (1952).*

*Segunda fundación (1953).*

*La senda marciana y otros relatos (1955).*

*Con la Tierra nos basta (1957).*

*Nueve futuros (1959).*

*El resto de los robots (1964).*

*Misterios de Asimov (1968).*

*Cae la noche y otros relatos (1969).*

Puede afirmarse que eso era suficiente, pero al hacerlo, uno omite el voraz apetito de mis lectores (¡benditos sean!). Constantemente recibo cartas pidiendo listas de mis antiguos relatos para que los solicitantes puedan acudir a las librerías de segunda mano en busca de revistas. Hay gente que prepara bibliografías de mi obra (no me pregunten por qué) y quiere conocer toda clase de detalles medio olvidados sobre ella. Incluso se enfadan cuando descubren que algunos de los primeros relatos no se vendieron y ya no existen. Al parecer, también los quieren, y posiblemente crean que he destruido con gran negligencia un recurso natural.

Así que cuando Panther Books, en Inglaterra, y Doubleday me sugirieron que formara una compilación con aquellos de mis primeros relatos que no constaban en los diez libros detallados arriba, con la historia literaria de cada uno, no pude resistir más. Cualquiera que me conozca sabe lo sensible que soy a los halagos, y si ustedes creen que soy capaz de resistir esta clase de lisonjas más de medio segundo (como un cálculo aproximado), están completamente equivocados.

Por fortuna tengo un diario, que he llevado desde el día 1 de enero de 1938 (el día antes de mi decimoctavo cumpleaños); él me proporcionará fechas y detalles<sup>[1]</sup>.

Empecé a escribir cuando era muy joven... a los once años, me parece. Las razones son oscuras. Podría decir que fue el resultado de un impulso irracional, pero eso no haría más que indicar que no se me ocurría ninguna razón.

Quizá se debió a que era un lector ávido en una familia demasiado pobre para comprar libros, incluso los más baratos, y además, una familia que consideraba estos libros como lectura inconveniente. Tuve que acudir a la biblioteca (mi primera tarjeta de lector la obtuvo mi padre cuando yo tenía seis años) y contentarme con dos libros por semana.

*Pero eso no era suficiente, y mi ansia me condujo a los extremos. Al principio de cada período escolar, leía impacientemente todos los libros de texto que me daban, yendo de cubierta a cubierta como una conflagración personificada. Como estaba dotado de una prodigiosa memoria y una instantánea recordación, ése era todo el estudio que hacía durante aquel curso, pero lo terminaba antes de que finalizara la semana, y entonces ¿qué?*

*Así que, cuando cumplí once años, se me ocurrió que si escribía mis propios libros, podría releerlos cuando quisiera. Naturalmente, no llegué a escribir un libro completo. Empezaba uno y lo llenaba de divagaciones hasta que me cansaba y empezaba otro. Todos estos primeros escritos se han perdido, aunque recuerdo algunos detalles con toda claridad.*

*En la primavera de 1934 me matriculé en un curso especial de inglés que tenía lugar en mi escuela superior (escuela superior de muchachos de Brooklyn) y daba especial importancia a la composición. El profesor también era asesor de la revista literaria semestral realizada por los estudiantes, y tenía la intención de reunir material. Seguí el curso.*

*Fue una experiencia humillante. En aquel tiempo tenía catorce años, y bastante verdes e inocentes. Escribí insignificancias, mientras que el resto de la clase (que debía tener dieciséis años) escribió complicadas obras trágicas. Ninguno de ellos mantuvo en secreto su desprecio hacia mí, y aunque yo lo sentí mucho, no pude hacer nada.*

*Hubo un momento en que creí haberlos vencido, cuando uno de mis productos fue aceptado para la revista literaria semestral mientras que muchos de los suyos fueron rechazados. Por desgracia, el profesor me dijo, con despiadada insensibilidad, que el mío era el único tema humorístico de todos los presentados y que, como necesitaba una obra que no fuera trágica, se veía obligado a tomarla.*

*Se llamaba Hermanitos, trataba de la llegada al mundo de mi propio hermano pequeño cinco años antes, y fue mi*

*primera obra publicada. Supongo que puede encontrarse en los registros de la escuela superior de muchachos, pero yo no la tengo.*

*A veces me pregunto qué debe haberles ocurrido todos esos grandes trágicos de la clase. No recuerdo ni un solo nombre y no tengo la intención de averiguarlo..., pero a veces me lo pregunto.*

*Hasta el 29 de mayo de 1937 (según una fecha que apunté... aunque fue antes de que empezara mi diario, así que no lo afirmaré bajo juramento), no se me ocurrió la vaga idea de escribir algo para una publicación profesional; ¡algo por lo que me pagaran! Naturalmente tenía que ser un relato de ciencia ficción, pues yo había sido un ávido aficionado a este género desde 1929 y no reconocía que ninguna otra forma de literatura fuera digna de mis esfuerzos.*

*El relato que empecé a componer para tal propósito, el primero que escribí con vistas a convertirme en «escritor», se titulaba Tirabuzón cósmico.*

*En él presentaba el tiempo como una hélice (es decir, algo parecido a un bastidor de muelles). Uno podía ir directamente de una vuelta a la siguiente, o sea, introducirse en el futuro por un intervalo de tiempo determinado, pero sin poder acortar la estancia ni un solo día. Mi protagonista hizo el viaje a través del tiempo y encontró la Tierra desierta. Toda vida animal había desaparecido; sin embargo, todo indicaba que ésta había existido hasta hacía poco... y ninguna indicación sobre lo que había producido la desaparición. Estaba escrito en primera persona desde un asilo de lunáticos, porque el narrador, naturalmente, había sido internado en un manicomio cuando regresó e intentó contar su historia.*

*Sólo escribí unas cuantas páginas en 1937, y después dejó de interesarme. El mero hecho de pensar en publicarlo debió paralizarme. Mientras mis escritos estuvieron desti-*

nados sólo para mí, pude ser lo bastante despreocupado. La idea de otros posibles lectores caía pesadamente sobre cada palabra que escribía. Así que lo abandoné.

Después, en mayo de 1938, la revista más importante en la especialidad, *Astounding Science Fiction*, cambió su fecha de publicación del tercer miércoles del mes al cuarto viernes. Cuando el ejemplar de junio no llegó el día que acostumbraba, me sumí en un gran decaimiento.

El 17 de mayo no pude aguantar más y tomé el Metro hasta el 79 de la Séptima Avenida, donde se encontraba la editorial *Street & Smith Publications, Inc*<sup>[2]</sup>. Allí, un funcionario de la firma me informó sobre el cambio de fechas, y el 19 de mayo llegó el ejemplar de junio.

El inminente golpe del destino, y el extático alivio que siguió, reactivaron mi deseo de escribir y publicar. Volví a Tirabuzón cósmico y el 19 de junio estaba acabado.

La siguiente cuestión era qué hacer con él. Yo no tenía ni la más mínima idea de lo que debía hacerse con un manuscrito destinado a ser publicado, y las personas que yo conocía, tampoco. Lo comenté con mi padre, cuyo conocimiento del mundo no era mucho mayor que el mío, y él tampoco tenía ni idea.

Pero entonces recordé que, el mes anterior, había ido al 79 de la Séptima Avenida únicamente para informarme sobre la no aparición de *Astounding*. No me había fulminado ningún rayo por hacerlo. ¿Por qué no repetir el viaje y entregar el manuscrito en persona?

La idea me aterraba. Y más aún cuando mi padre sugirió que eran necesarios ciertos preliminares como un afeitado y mi mejor traje. Eso significaba que tendría que tomar un tiempo adicional, y el día ya estaba muy avanzado y yo debía estar de vuelta a tiempo para el reparto del periódico vespertino. (Mi padre tenía una pastelería y un puesto de periódicos, y en aquellos días la vida era muy complicada para un escritor creativo de inclinaciones artísticas y sensible como yo. Por ejemplo, vivíamos en un apartamento que

tenía todas las habitaciones en línea y la única forma de ir del salón al dormitorio de mis padres, o de mi hermana, o de mi hermano, era a través de mi dormitorio. Así pues, mi dormitorio era muy frecuentado, y el hecho de que yo pudiera hallarme en pleno esfuerzo creativo no significaba nada para nadie.)

Me avine a ello. Me afeité, pero no me molesté en cambiarme de traje, y salí. Era el 21 de junio de 1938.

Estaba convencido de que, por osar pedir una entrevista con el director de Astounding Science Fiction, me echarían del edificio, y que mi manuscrito sería roto en pedazos y lanzado tras de mí en una lluvia de confeti. Sin embargo, mi padre (que poseía elevadas teorías) estaba convencido de que un escritor —término en el que incluía a cualquiera con un manuscrito— sería tratado con el respeto debido a un intelectual. Él no abrigaba ningún temor..., pero el que tenía que entrar en el edificio era yo.

Tratando de ocultar el pánico, pedí ver al director. La muchacha que había detrás del mostrador (ahora puedo ver la escena con los ojos de la mente tal como pasó) habló brevemente por teléfono y dijo: «El señor Campbell le recibirá.»

Me guió a través de una gran estancia parecida a un desván, llena de inmensos rollos de papel y enormes pilas de revistas impregnadas del celestial olor a imprenta (un olor que siempre me recordará mi juventud con doliente detalle y me reducirá a lágrimas de nostalgia). Y allí, en una pequeña habitación que había al otro lado, estaba el señor Campbell.

John Wood Campbell, Jr., hacía un año que trabajaba en Street & Smith y sólo un par de meses que había asumido la total dirección de Astounding Stories (que rápidamente volvió a bautizar como Astounding Science Fiction). Entonces sólo contaba veintiocho años de edad. Bajo su propio nombre y bajo su seudónimo, Don A. Stuart, era uno de los autores de ciencia ficción más famosos y alta-

mente considerados, pero se hallaba a punto de enterrar su fama de escritor para siempre bajo el renombre mucho mayor que alcanzaría como editor.

Continuaría como editor de Astounding Science Fiction y su sucesora, Analog Science Fact-Science Fiction, durante un tercio de siglo. A lo largo de todo ese tiempo, él y yo íbamos a convertirnos en amigos, pero a pesar de ir creciendo hasta llegar a ser una estrella venerada y famosa de nuestra mutua especialidad, nunca me acerqué a él mas que con el temor reverente que me inspiró en nuestro primer encuentro.

Era un hombre grande, obstinado, que fumaba y hablaba sin cesar, y al que gustaba, por encima de todo, inventar ideas extravagantes, que lanzaba a la cara de su interlocutor y te impedía refutarlas. Era difícil contradecir a Campbell incluso cuando sus ideas resultaban completa y locamente ilógicas.

En aquel primer encuentro hablamos durante más de una hora. Me enseñó próximos números de la revista (verdaderos ejemplares futuros con carne de celulosa). Descubrí que había incluido una entusiasta carta mía en la edición próxima a publicarse, y otra en la siguiente... así que conocía la autenticidad de mi interés.

Me habló de sí mismo, de su seudónimo y de sus opiniones. Me dijo que su padre había enviado uno de sus manuscritos a Amazing Stories cuando él tenía diecisiete años y que hubiera sido publicado, pero la revista lo extravió y él no tenía ninguna copia. (En esto yo le llevaba ventaja. Había llevado el relato yo mismo y tenía una copia.) Me prometió leer mi historia aquella noche y enviarme una carta, fuera de aceptación o rechazo, al día siguiente. También me prometió que, en caso de rechazo, me diría lo que estaba mal y así podría mejorar.

Cumplió todas sus promesas. Dos días más tarde, el 23 de junio, recibí noticias suyas. Era un rechazo. (Ya que este libro trata de hechos reales y no es una fantasía... no pue-

den ustedes sorprenderse de que mi primer relato fuera instantáneamente rechazado.)

Esto es lo que escribí en mi diario sobre el rechazo:

«A las 9,30 me han remitido Tirabuzón cósmico con una amable carta de rechazo. No le gustó el principio lento, el suicidio al final.»

A Campbell tampoco le gustó la narración en primera persona ni el rígido diálogo, y después señalaba que la longitud (nueve mil palabras) era inconveniente... demasiado largo para una historia corta, demasiado corto para una novela. Las revistas tenían que ordenarse como rompecabezas y algunas longitudes para relatos eran más convenientes que otras.

Sin embargo, para entonces yo había salido y corría. La alegría de haber pasado más de una hora con John Campbell, la emoción de hablar cara a cara y en términos iguales con un ídolo, ya me había llenado con la ambición de escribir otro relato de ciencia ficción, mejor que el primero, para presentárselo de nuevo. La agradable carta de rechazo, dos páginas enteras, en la que discutía mi relato seriamente, sin trazas de paternalismo o desdén, reforzó mi alegría. Antes de que el 23 de junio tocara a su fin, ya había escrito la mitad del primer borrador de otro relato.

Muchos años después pregunté a Campbell (con el cual, por entonces, sostenía las más estrechas relaciones) por qué se había molestado por mí, puesto que seguramente aquel relato era por completo impublicable.

«Lo era —dijo con franqueza, ya que nunca adulaba—. Por otra parte, vi algo en ti. Eras impaciente y escuchabas y yo sabía que no renunciarías a pesar de cuantos rechazos te impusiera. Mientras tú quisieras trabajar de firme para mejorar, yo deseaba trabajar contigo.»

Ése era John. Yo no era el único escritor, fuera novel o consagrado, con el que trabajaría de esta forma. Pacientemente, y a costa de su enorme vitalidad y talento, constru-